

“Cuidado con el perro”: el cinismo

JORGE DE LOS SANTOS
FILÓSOFO

En la Antigua Grecia, calificar a alguien de perro, de kynos, no era la mejor manera de establecer una sólida amistad. El cánido era visto como el extremo de la animalidad, por encima incluso de las fieras salvajes, pues, pese a tener cierto grado de domesticación y sociabilidad, no guardaba ningún decoro de orden moral. Pareciera que se aprovechaba de su cercanía a la civilización humana pero siempre mantenía, testarudamente, una incómoda y crítica distancia con ella; estaba al margen, irreducible a dejarse convertir del todo, fieramente reticente a que se le extirpara definitivamente su animalidad. Eso le generaba desprecio, pero también una oculta envidia por su extraña felicidad al no verse sometido, al no dejarse vencer del todo por las constricciones, los condicionantes y las limitaciones que genera el “malestar en la cultura”.

La época helenística de la cultura griega fue un tiempo de perros. El orden social emanado de las incipientes democracias de las polis griegas se derrumbaba. Es el tiempo de las llamadas “filosofías morales”: tiempo de que la filosofía aplaca sus grandes sistemas, sus elucubraciones abstractas y conceptuales para proponer a cambio una actitud frente a la vida y el mundo. En este caldo de cultivo surge una filosofía a cara de perro: la de los kynicos, la secta del perro. Posiblemente, la más radical y honesta, la menos cínica que ha conocido la historia.

DIÓGENES, EL PERRO HONESTO

Atenas, 399 a.C. Sócrates va a ingerir la cicuta. En sus últimos momentos le acompañan sus más destacados discípulos; solo faltan Platón, aquejado de una dolencia, y Aristipo de Cirene, poco

dado a estas escenas. En una esquina, con aspecto descuidado, ataviado con una vasta toga agujereada y un bastón (con mango de plata), está Antístenes. Él será el que, según la historiografía, iniciará el pensamiento cínico, y el vínculo con el verdadero “perro”: su alumno Diógenes de Sínope. Las tesis de Antístenes, que imparte en el gimnasio para hijos ilegítimos llamado Cynosarges (“El perro blanco” o “El perro ágil”), se fundamentan en la frugalidad, el ascetismo, la virtud como camino a la felicidad, el cultivo del alma, el desprecio de las pasiones y los bienes materiales y la crítica a los demagogos y las convenciones sociales. Es honesto con sus planteamientos aunque no vive como un mendigo; cobra por sus enseñanzas y no rechaza, si la situación lo propicia –aunque nunca lo busca–, la buena mesa o las amables compañías. Escribe mucho, aunque de él apenas conservamos una frase, y se le atribuyen los primeros diálogos de su ágrafo maestro, Sócrates, que luego transcribirá con éxito Platón.

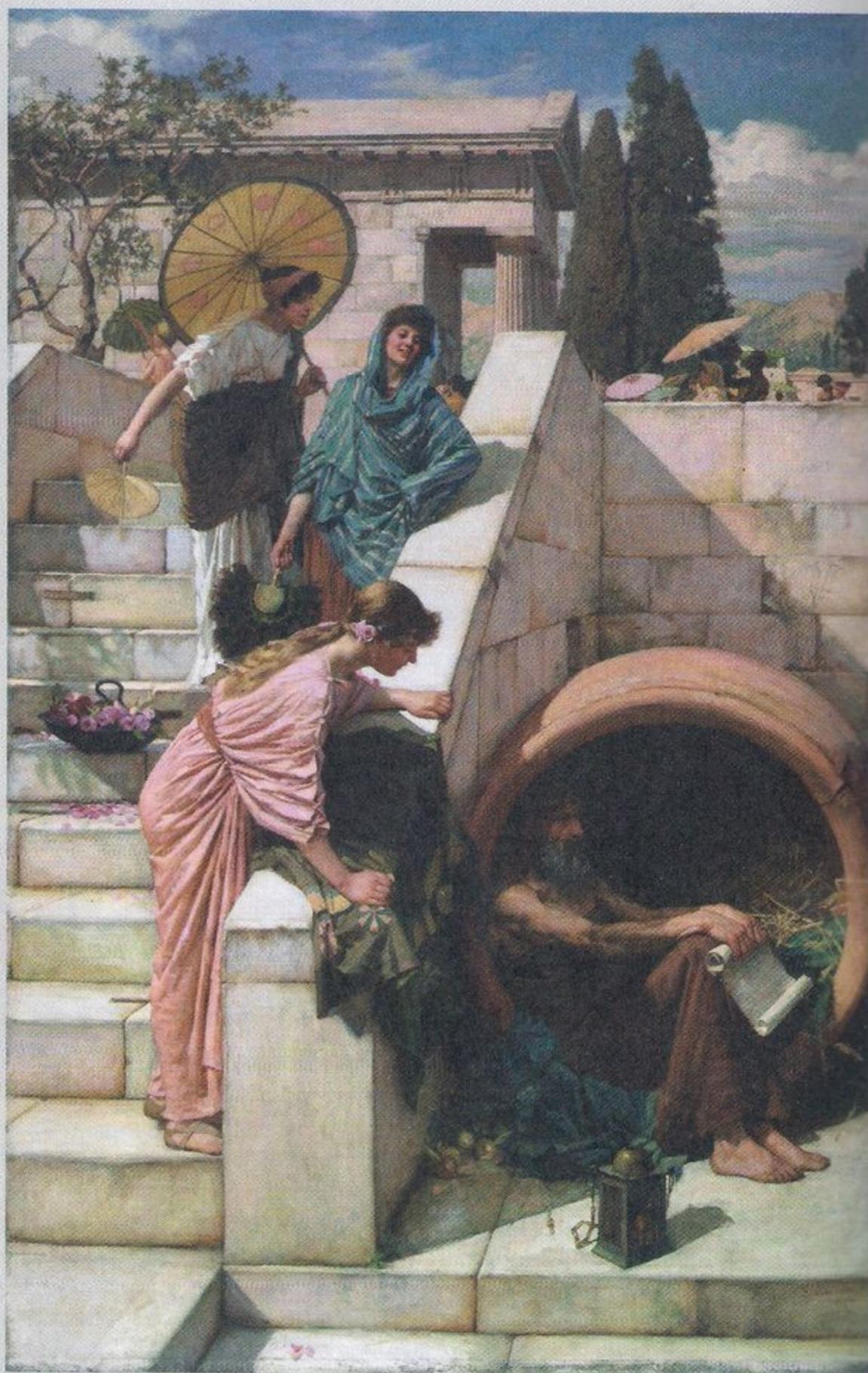
Todo lo que en él y desde él se pueda plantear lo retomará, lo profundizará y lo llevará al extremo Diógenes. Este no imparte enseñanzas en ninguna academia, no tiene residencia, no escribe; un tonel, unos harapos y un bol (del que acabará prescindiendo) son sus únicas posesiones. Es pura acción, puro ser consecuente con lo que piensa, pura agresividad frente a laspreciadas normas sociales atenienses. No deja títere con cabeza. Es, según Platón, el “Sócrates enloquecido”. Las anécdotas de su existencia y su vigor filosófico son múltiples y conocidas. Se masturbaba en público, defeca y orina donde le place; le pide a Alejandro Magno, cuando este le ofrece lo que quiera, que se aparte y no le tape el sol; cuando Aristipo le ve comer lentejas y le dice que si se prestara un poco a servir a los poderosos no tendría que alimentarse con lentejas, Diógenes le responde: “Si tú pudieras comer lentejas no tendrías que servir a los poderosos”; busca de día con un farol a un hombre auténtico, no viciado ni malbaratado por las convenciones, y, para cuestionar el idealismo de Platón, no escribe un ingente tratado sino que despluma un pollo; muere por la indigestión de comer pulpo crudo

La filosofía de los kynicos, la secta del perro a la que perteneció Diógenes, es la menos cínica de la historia

o por las heridas al pelearse con un perro por ese trozo de pulpo. Eso, esa irreprimible honestidad de enfrentarse a lo establecido para vivir en libertad sin sujeciones de nadie, guiado por el propio criterio y sin que el poder lo atraviese ni lo constriña de ninguna manera, es el cinismo antiguo; el que ladra furioso a cualquier situación social asumida, el que arriesga su propia vida por el bien o la mejora común, el que nunca somete la grandeza de su libertad por unas migajas de seguridad.

LA RAZÓN CÍNICA

La semántica de las palabras se mueve, como se mueve la arquitectura urbana: donde antes había un templo, ahora hay un McDonald's. Ahora ser cínico es engañar y falsear con descaro para obtener el beneficio propio. Alemania, 1982. Peter Sloterdijk redacta una obra magna, de exigente comprensión y estilo depurado, que será una auténtica piedra de toque en la filosofía europea: *Crítica de la razón cínica*. Obra que no se presta a síntesis, a resumen, a reducción a una idea. Confrontando ambas semánticas, la del "quinismo" (la propia del cínico antiguo) y la del "cinismo" (la que corresponde al actual cínico), esboza una teoría del saber como proyecto ilustrado de emancipación y de su actual fracaso: saber más no nos ha otorgado más libertad o autonomía, tan solo nos ha convertido en unos cínicos que utilizamos lo que sabemos –desde colocar un enchufe a lo que está ahora mismo sucediendo en Beluchistán– bien para sacar tajada propia sin importarnos un pimiento lo colectivo, bien para –con ese punto de fuga que es saberse inevitablemente un cínico– intentar compensar el infinito malestar que nos causa el saber que, aun sabiendo que el mundo y nuestra existencia son miserables, no hacemos nunca nada al respecto. La "razón cínica" –que da una vuelta más a aquella que Adorno y Horkheimer, en *Dialéctica de la Ilustración* (1944), catalogaran como "razón instrumental" (usar la argumentación racional para justificar las mayores atrocidades o los mayores egoísmos)– es la falsa conciencia ilustrada; la desesperanza de seguir viendo las cosas desde el prisma de la razón pero no emplearla, no tener el arrojo de seguir sus dictados. Es el paso del im-



bécil que no sabe lo que hace pero lo hace (como enunciara Marx, por la cosificación que anula la conciencia) al individuo desgraciado que sabe por qué hace lo que hace y aun así lo hace (como reformulara recientemente Zizek). Es una forma de estar en el mundo sustentada en la impostura y la autosatisfacción, la de los perros que ladran pero nunca muerden y que lo saben. Algo absolutamente antagónico a lo que representaron aquellos cínicos del bastón. Mereceríamos todos –y, por cínicos, lo sabemos– que de nuevo nos echaran encima a los "perros". **MB**

UN TONEL Y UN FAROL.

Así, con sus mínimos atributos, pintó el prerrafaelita británico John W. Waterhouse al filósofo cínico Diógenes en este cuadro de 1882.